



Comentario de Libros

EN TORNO A LA OBRA DEL GENERAL (A)

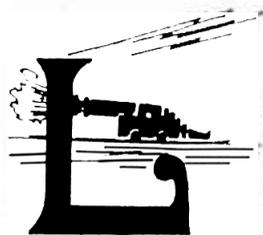
DON DIEGO BARROS ORTIZ

- Su poesía folklórica
- Su "Itinerario de la Imaginación"

Por

Rodrigo SERRANO Bombal

Poesía y Folklore



A RECONOCIDA calidad de la mayoría de las canciones folklóricas chilenas —tonadas, vals, habaneras— es fruto muy explicable de la incursión de algunos destacados poetas nacionales en el género que podríamos llamar poesía folklórica.

Este particular estilo de hacer poesía, tiene algunas características muy especia-

les que lo distinguen nítidamente de otras formas del arte poético. Es así como, en él encontramos con facilidad recursos que —no siendo ortodoxos, rigurosamente hablando— resultan muy apropiados para la expresión que nos ocupa, transformándose —de hecho— en una de sus particularidades esenciales, hasta el punto de llegar a constituirse en parte fundamental de su gracia y sabor.

Estas peculiaridades dicen relación

—por ejemplo— con ciertas licencias métricas, con el uso no limitado de la repetición de uno o más versos, con la frecuente no concordancia de las formas verbales, con la deformación fonética de algunas palabras y con otras variadas expresiones de libertad semántica que otorgan a esta poesía folklórica una coloración propia y original.

Sin embargo, no sólo en la formalidad externa encontramos algún tipo de particularidad. En efecto, para quien se ocupe con atención del contenido temático de las canciones chilenas, resultará muy claro su tono predominantemente melancólico y nostálgico. Es como si, desde el fondo del alma, asomara porfiadamente una amargura que, si bien tal, es a la vez positiva, en tanto proyecta veladamente un optimismo ajeno a cualquier pretensión lógica, pero auténtico y gravitante.

De tal modo, las canciones más alegres, en algún momento dejan ver su huella de tristeza y, a la inversa, las más oscuras se las arreglan para aportar una nota o un chispazo de picardía y de humor.

Hablar de tonos tristes o nostálgicos, alegres u optimistas, es, de alguna manera, dar cuenta del éxito de un poeta, en la medida que señalarlo importa haber acusado y asimilado sus sentimientos, objetivo fundamental de todo aquel que intenta comunicarse con otro.

En este mágico mundo de la comunicación poética, donde unos logran "llegar" y otros no alcanzan ni siquiera a "partir", merced a quizás qué secretos designios, el nombre de Diego Barros Ortiz sugiere, al instante, el respeto y admiración que se debe a los grandes.

Muchos son los campos en los que la inspirada pluma del poeta ha dejado su huella indeleble y, por ello, fecunda. Hoy nos ocupan sus maravillosos textos que músicos afortunados transformaron en canciones de nuestra tierra.

Una a una fueron naciendo las descripciones del paisaje campesino, las escenas de romántico encuentro bajo los sauces, las negras noches de luna vestidas de ausencia. Con precisión, pero plenos de múltiples evocaciones, de añoranzas sutiles, de semblanzas siempre vigentes, cada uno de estos cuadros —ya costumbristas, ya históricos o amorosos— han llegado a formar parte inseparable de nuestro ser nacional, de aquellos elemen-

tos que, intangiblemente, posibilitan que seamos algo más que meros habitantes de un mismo territorio geográfico.

Los hermosos versos de don Diego Barros Ortiz, brotando de las profundidades de su espíritu selecto, han logrado sobrepasar largamente las contingencias que, en su momento, rodearon su origen, para hacerse palabra permanente, expresión certera, imagen autóctona de lo nuestro, libre, ¡al fin!, de influencias ajenas a nuestro pasado hispánico, encarnado hoy día en una particular manera de ver y enfrentar la vida.

"Itinerario de la imaginación"

Con particular afecto comentamos ahora las hermosas líneas de este ensayo de iniciación a los afanes de la Academia Chilena, escrito, con la belleza acostumbrada, por la selecta pluma de don Diego Barros Ortiz.

El destacado poeta, triunfador en la prosa y en el verso, en lo culto y lo popular, nos conduce a los albores mismos de la existencia humana, en un viaje provisto de todos los encantos inherentes al virtuosismo poético.

Desde las primeras frases, nos adentramos en un oscuro paraje donde la confusión y el caos se han enseñoreado como caciques de alguna tribu indómita. Así, la incertidumbre anhelante del mañana desconocido, colorea a la Humanidad naciente, inerme todavía frente a las furias desconocidas del viento y la desesperanza.

Poco a poco, con la dificultad propia del despertar, con el dolor consustancial a toda mutación, el desconcierto imperante fue hallando caminos por los que orientar su aliento vigoroso y ávido de horizontes definidos, de estrellas verdaderas, de faros que dieran cuenta de la presencia de vida. Fue así como "la simiente prendió sobre la maraña, y el mundo —balbuciente aún— comenzó a desmalezar, a permitir que la primera luz penetrara hasta el misterio de las raíces".

Emergiendo de tinieblas congénitas, la vida humana buscó el reflejo de la verdad; toda la Humanidad quiso asirse a ella con la desesperación del náufrago que se aferra a los últimos vestigios de su barca desmantelada y rota. Era preciso encontrar la fórmula mágica de la transformación, del acceso a la conciencia, al "reino de la inteligencia".

"Entonces ocurrió el milagro de Adán. El primer ser a quien se le concedió una misión de claridad, ya que se le hizo poseedor de la Conciencia". Sin embargo, junto a la luz acudió la tiniebla, en torno a la comedia se gestó el drama y, otra vez, los inesperados vaivenes de la existencia humana, tan llenos de contrasentidos inexplicables, escenificaron la tragedia de la soledad.

"Cuánto camino para Adán y su compañera, cuántas vicisitudes sin entender la causa de ese tránsito por el planeta, hasta llegar a aquel instante en que conoció su propio paraíso en el momento mismo de perderlo. La claridad fue haciéndose luz, y él y ella se sintieron desnudos, porque estaban desnudos. Se entendieron percibibles como todo lo animado que los rodeaba. Se supieron inermes y solos".

Con palabras hermosas, arrancando de la intimidad sensible del poeta, vemos perfilarse una realidad humana que nos acompaña desde aquellas aciagas horas en que el hombre descubrió su desnudez. El dolor y las lágrimas, la congoja y el latir apresurado el corazón sufriente, se prendaron de la Humanidad con singular vehemencia y no la abandonaron, desde entonces, hasta hoy y para siempre.

La misericordia infinita del Creador, empero, posibilitó al hombre descubrir en "el amor de los unos a los otros", la razón suprema de la existencia, el motivo suficiente para reiniciar el largo y penoso peregrinar por las escarpas y los montes abruptos de la vida. "Esa fue la hora del éxodo, pero también fue la hora de la claridad. El momento de la conciencia y de la poesía".

Transcurridos ya los siglos, portando en hombros una carga pesada de tristezas y miserias, de añoranzas y de sueños, el hombre se ha convertido en el supremo poseedor de la imaginación. Con ella ha derivado los mil pesares en otras tantas alegrías, inmerso en la fascinación mágica de la poesía.

Por ello es que don Diego termina diciéndonos: "La poesía nos dio la ubicación celeste del Paraíso Perdido con rigurosa exactitud; sus alas permitieron derivarlo a lo largo y ancho del universo. Y el logro fue que lo hubimos cuando lo deseamos".

"Lo hemos tenido cerca, vecino a nuestro pequeño jardín interior, el que visitamos cuando escuchamos un tenue rumor de alas en el corazón y sabemos por consiguiente que el silencio es más elocuente que todas las palabras".

RECUERDO Y DIMENSIONES DE LA OBRA DE DON JOSE TORIBIO MEDINA

Por

Francisco Javier CUADRA Lizana



AY UN momento en el estudio de los acontecimientos pasados en el que se debe necesariamente pasar de la mera relación cronológica a la interpretación: es el instante en que, quizás presuntuosamente, se entra en terrenos propios de la "filosofía de la Historia".

Este concepto tiene para los entendidos tres acepciones fundamentales. En primer término, partiendo del supuesto que la Filosofía es la ciencia de lo general, se nos presenta como una visión abarcadora del "todo" histórico, que es el paso del tiempo en el hombre, con lo que estaríamos situados ante el espectáculo de una historia mundial propiamente tal. Luego, conciben el argumento de la im-

posibilidad de comprender el saber general las casi infinitas situaciones del acontecer humano y, en consecuencia, deslizan la idea de que ella es la agrupación de los principios generales que emanan del estudio de las particularidades, con lo que estaríamos en presencia de los principios históricos. Finalmente, nos hablan de que, siendo la Historia la representación que los hombres hacemos del acontecer, la filosofía de ella sería una especie de lógica bastante general. Pero, si nos fijamos bien en cada una de las tres acepciones recién anotadas, podemos encontrar un concepto superior que las engloba. Este sería que la Filosofía de la Historia es una disciplina que "lógicamente" encuentra los "principios" que rigen la "totalidad" de una sociedad.

Por otra parte, el auge que en nuestro siglo han tenido las ciencias sociales, cuantitativa y cualitativamente, le entrega una serie de disciplinas auxiliares de las que valerse para obtener el más puro de los grados científicos que, en estas materias, se puede alcanzar. Un acontecimiento cualquiera del pasado —por ejemplo la tragedia de los hermanos Carrera— puede ser estudiado, así, desde varios puntos de vista cuyo resultado nos dará la aproximación más exacta a su realidad. Y si a lo anterior agregamos las facilidades que ramas de otras ciencias del saber humano —la computación, por citar alguna— ponen a disposición de quien se apresta a trabajar en la interpretación de la Historia, fácilmente se apreciará el avance que se puede lograr en estas materias.

Estas disquisiciones posibles de ser llamadas "metodológicas" no surten efecto alguno si no tienen una materia en la que desarrollarse. La Historia no tiene un ser corpóreo que pueda ser observado y ana-

lizado. De ella tenemos constancia por diversos medios, entre los cuales se destacan —al menos hasta nuestros tiempos— los documentos conservados en los archivos. Ellos encierran los antecedentes que quienes nos precedieron consideraron importantes de dejar constancia para el futuro y, por tanto, también esconden las claves para comprenderles, para interpretarles.

Nuestro país no es una excepción a tal regla universal. Por el contrario, puede afirmarse que es un caso que la demuestra fehacientemente. Tal "status" archivístico se debe a la labor silenciosa de muchos especialistas, no siempre comprendidos y ayudados por las autoridades pertinentes, entre quienes destaca don José Toribio Medina. Las últimas décadas del siglo pasado y las primeras de éste le vieron deambular por la Madre Patria y el resto de América en busca de los imprescindibles papeles para el conocimiento acabado de nuestro ser nacional, sobre todo de sus tres primeros siglos, bases de la República. Alcanzado el objetivo, por medios que a algunos escandalizan, no se contentó y regaló al Estado su biblioteca particular, lo que definitivamente lo coloca entre los pilares de nuestra cultura, aún insuficientemente desarrollada.

Uno de los lugares comunes de que estamos llenos y del cual nos envanecemos —junto al de "nuestras mujeres" y "nuestros vinos" — es el que advierte que somos un "país de historiadores". Por lo que se puede apreciar, pareciera que respecto de don José Toribio Medina ha primado otro lugar común —¿ya verdad éste?—, el de que los chilenos somos un país de muy mala memoria. Quizás si sería mejor hablar de escasa memoria: es más propio de un pueblo.

